

Lucía Feduchy Morales
Colegio Valdefuente (Madrid)
MADRID



Estaba en el bosque, era de noche y hacía frío. Yo, caminaba con la cabeza gacha. Buscaba algo, pero sin buscarlo. Sin yo esperarlo siquiera, vi brillar algo a unos pocos metros de mí. Corrí, quería saber lo que era. Lo primero que encontré fue una extraña brújula. Era plateada y antigua. Me inspiraba una creciente sensación de desconfianza. No era una brújula normal, eso desde luego, sus agujas, una plateada y otra dorada; marcaban las siguientes palabras: artículo, verbo conjunción y preposición. En mi cabeza, se agolparon miles de preguntas. Sin embargo no tuve tiempo alguno para intentar responderlas. La brújula emitió un extraño sonido y brilló con una intensidad increíble y mágica. Sus agujas comenzaron a girar a una velocidad vertiginosa. En mi cabeza, se comenzaron a agolpar innumerables palabras sin ninguna conexión aparente. Estaba aturdida, mareada y entonces...
Me desmayé.

Me desperté tumbada en la hierba, que era del verde más bonito que había visto en mi vida. Era de día, el cielo, era de un azul brillante, tan intenso, que me quedé como hipnotizada mirándolo. Me levanté en el mismo momento de hacerlo intenté preguntar - ¿Dónde estoy? - No conseguí emitir sonido alguno. Mi boca se había movido, eso sí, pero no había logrado decir nada. Caminé, no me gustaba ese sitio. Entonces me acordé de la brújula, la miré. Sus agujas no marcaban ninguna palabra. Escruté con curiosidad el lugar donde me encontraba. Definitivamente tenía ante mis ojos un paisaje extremadamente bonito, estaba repleto de árboles frondosos, plagados de flores con vivos colores. Agucé el oído, oía un murmullo, sentía que iba dirigido a mí, aún así solo conseguía oír palabras incoherentes que llegaban a mi cabeza como torbellinos que luego se desvanecían. - ¿Quién me estaba hablando? - No podía saberlo, por el momento solo podía caminar y esperar que pasara lo mejor. Tomé un sendero de baldosas que parecían simular un río, ya que eran del mismo color que el agua y brillaban con los reflejos de la luz. Volví a intentar hablar. De mi boca salían preposiciones que no concordaban entre ellas. Miré la brújula, efectivamente ahora marcaba la palabra preposición.

Yo intentaba comprender, pero no podía. Seguí andando. A lo lejos divisé una pequeña casita de colores. Sonreí por primera vez desde que había aparecido en ese lugar

misterioso; era probable que allí encontrara respuestas. Entré, en el mismo momento de hacerlo me quedé ojiplática. Dentro de esa pequeña sala, que tenía las paredes de color amarillo. Había palabras flotando, volaban, corrían, se chocaban entre ellas, se mezclaban...

No era capaz de salir de mi asombro. En ese momento, me percaté por primera vez de que un pequeño ser, cuya procedencia ignoraba, me miraba con ojos curiosos. Era de baja estatura, sus ojos eran de un color verde menta, su cabeza estaba plagada de bucles dorados y su cuerpecito menudo, era de un color azul que se convertía en rosa cada vez que sonreía. No sin cierto asombro, advertí que bajo su brazo había una brújula exactamente igual que la mía pero en dorado. - ¿Qué es este lugar?- Pregunté sintiendo un gran alivio al ver que había recuperado la voz. El ser hizo un gesto extraño, que interpreté como un saludo; me sonrió; y esta vez su cuerpo entero cambió al color rosa.

- La pregunta es ¿qué haces tú aquí? - Me dijo él y un haz de brillo cruzó su mirada. -Yo, yo... Estaba en el bosque, encontré esta brújula y ...

Le mostré la brújula. El pequeño duende, pues eso era el pequeño ser, la tomó y la observó con detenimiento, para luego devolvérmela y decir "tenías algo que buscar, algo de lo que apartarte, si no ¿qué hacías en el bosque tú sola?"

Pensé bien lo que iba a decir, no sabía si podía confiar en él, pero al final decidí contarle el motivo: me peleé con mi madre, nos dijimos cosas que queríamos decir, buscaba tranquilidad...

-¿Ves? Para esto usa el hombre el lenguaje, para dañar a otras personas, personas a las que quieren.

Ahora el duendecillo era de un color rojo como el fuego. Lo miré, ya lo comprendía, por esto en este lugar se paraban las palabras por categoría, para que, quien estuviera allí no pudiera conectarlas en una frase que pudiera herir. Volví a mirar al duende, él me miró y me sonrió, cambiando por completo a ese color rosa característico y desapareciendo de mi vista. Tomé la brújula, la miré con detenimiento, era bonita, muy bonita. Me gustaba. Sus agujas comenzaron a girar sin descanso, me dejé llevar. En unos minutos estaba otra vez en el bosque. Me tumbé en la arena, pensé, pensé en mi madre, su sonrisa, sus abrazos, el amor que la tenía. Pensé, en todo lo que dije, en lo enfadada que estaba. Pero ahora nada, me abandoné al sonido del viento y me propuse quererla, quererla a ella y al lenguaje, que tantas veces me había llevado a expresarle mi enfado, pero también mi amor, ese amor incondicional que le tenía a ella, mi madre.